

Actas del
IX Congreso Internacional
de la Asociación Hispánica
de Literatura Medieval

(A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001)

III

Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica
de Literatura Medieval, 2005.

© Carmen Parrilla
© Mercedes Pampín
© Toxosoutos, S.L.

Primera edición, septiembre 2005

© Toxosoutos, S.L.
Chan de Maroñas, 2
Obre - 15217 Noia (A Coruña)
Tfno.: 981 823855
Fax.: 981 821690
Correo electrónico: editorial@toxosoutos.com
Local en la red: www.toxosoutos.com

I.S.B.N. obra conjunta: 84-96259-72-2
I.S.B.N. volumen: 84-96259-75-7
Depósito legal: C-2072-2005

Impreso por Gráficas Sementeira, S.A. - Noia
Reservados todos los derechos

La recepción y la lectura del *Breviario de historia romana* de Eutropio en la Edad Media latina y romance

Juan Miguel Valero Moreno

Universidad de Salamanca & Semyr

“La observación a través de múltiples pantallas fue una evolución de la técnica de fraccionado de Burroughs. Sugirió que al cambiar la disposición de palabras e imágenes se evitaban los análisis lógicos y se podían ver instantes del futuro” Alan Moore y Dave Gibbons, *Watchmen* (1986-1987)

[A Martín Pérez de Andrés]

Introducción

Acostumbrados como estamos a pensar que nuestro *canon* es *el canon*, a imaginar que no hay historia romana sin Salustio, César o Tito Livio quizás resulte un tanto desconcertante que un texto que apenas si ocupa unos breves párrafos en las historias de la literatura y la historiografía latina conforme la médula de buena parte de la historia romana transmitida a la Edad Media prácticamente hasta Petrarca y Pierre de Bersuire, momento que marca el inicio del descubrimiento, predominio y autoridad de Tito Livio.

A lo largo de este trabajo tendremos ocasión de comprobar cómo un texto histórico de base, el *Breviarium* de Eutropio, modifica de forma esencial sus códigos de recepción y de interpretación y en qué consisten estas modificaciones que explican, sobre la base de un *mismo* texto, opciones historiográficas fundamentalmente distintas.¹

¹ En este estudio obligatoriamente breve nos acercaremos a la transmisión del texto de Eutropio y sus transformaciones desde el punto de vista de la recepción y los problemas que

Partir de la idea de *recepción* de un texto supone poner en primer plano el *conflicto interpretativo* que el discurso que el texto sostiene representa, no sólo revelar su tradicionalidad como texto. Cuando hablamos, pues, de recepción, lo hacemos en un sentido lato, pues no es posible conformarse con trazar una *historia* de la transmisión material del texto, de sus testimonio de lectura, de las divergencias|coincidencias entre las instancias enunciativa y receptora. Esta historia es válida en cuanto que da a conocer de forma mucho más exacta el choque entre el sistema sincrónico-estructural del texto –su presentación de un conjunto cerrado de oraciones bien *conformadas*–, y el sistema que llamaremos diacrónico-hermenéutico –la disposición crítica de los elementos textuales y discursivos en el *sistema literario*.²

Con respecto al texto de Eutropio y su recepción habrá que tener en cuenta, asimismo, la idea de *transformación*. En sus sucesivas metamorfosis es necesario analizar lo que Steiner llamó desplazamiento energético. Este desplazamiento no se da sólo entre dos lenguas distintas, también dentro de una misma lengua: en primer lugar en el proceso de copia y en la producción de variantes cuyo estudio corresponde a la crítica textual; en segundo lugar cuando el nuevo texto deja de ser una *copia* para adaptarse a una nueva disposición textual. Será legítimo hablar de desplazamiento energético

plantea la lectura, hoy, de los textos en su contexto más inmediato, desde el codicológico al de los acontecimientos. Un análisis mucho más extenso y detallado podrá leerse próximamente en “Las transformaciones del discurso historiográfico: el caso de Eutropio como modelo”, uno de cuyos capítulos, el dedicado a la historia romana en la *Estoria de España*, fue el pie de la comunicación que presenté en el IX Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval. Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Michel García por la lectura vigilante de estas palabras.

² Paul Ricoeur, *Historia y narratividad*, Paidós (PC, 56), Barcelona, 1999^[1978] p. 21, define así la complejidad del acto de lectura: “Leer requiere, en cada caso, conocer cuáles fueron los espacios que posibilitaron en su día la circulación y la transformación de los textos y de los objetos del saber, cuál fue la dinámica de las tradiciones científicas e intelectuales que organizaron y archivaron el *corpus* del que disponemos en la actualidad, cuál fue la estructuración progresiva de los ámbitos disciplinares que dieron lugar a ese conocimiento, qué modelos epistemológicos eran empleados o qué vinculación existía entre la totalización del saber y el poder económico-político de la época. Por ello, la labor del lector no puede quedar reducida a escotar la progresión semántica de las frases que articulan el texto escrito: precisa tener presentes los principios de producción, emisión y recepción de esa mediación textual”.

co incluso –todavía no hemos hablado de traducción– cuando la transformación tiene lugar en el soporte material, como en nuestro caso, en el paso del manuscrito a la imprenta.

Por último, nos importa insistir en que la historia es discurso, un proceso argumentativo y epistemológico cuyas oraciones son narrativas.³ Como tal discurso la historia en su sentido más tradicional no puede considerarse un referente absoluto de verdad histórica.⁴ Su referente de verdad frente a la ficción pura será Temístocles, no el modo en que se narran los hechos de Temístocles. La historia que vamos a seguir es un lugar de uso, una asimilación de prácticas –políticas, sociales, culturales...– a una comunidad que las legitima o las condena. Este uso tiene como centro de la construcción del texto la retórica antes que la lógica, apoyada en un discurso, una poética. Una retórica, entonces, no devaluada, correlativa de la dialéctica, capaz de dar cuenta más que de verdades de procesos de formación ideológica y de sentido.⁵

Como ya sabemos, la historia es tanto los hechos sucedidos como su narración. Vamos a distinguir esta narración en dos pla-

³ Y por ello pudo hablar Hayden White, con toda propiedad, de la existencia de una poética de la historia, cuyos parámetros estableció en su célebre *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992^[1973].

⁴ Puede decirse que el análisis histórico está tensionado en las categorías de *verdad* y *método* que describió Gadamer en *Verdad y Método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Sígueme, Salamanca, 1977^[1975]. Verdad *histórica* pues, no respondería a una verdad empírica del tipo que explican las leyes de la gravedad, sino que es relativa a una actitud ontológica fuera de toda implicación de objetividad. El método destrama los mecanismos que hacen posible la legibilidad del *texto*, pero no es tanto éste sino el esfuerzo interpretativo por explicarlo y comprenderlo el que conduce a la *creación crítica del texto*. Ese texto inexpugnable no cierra sin embargo la lectura, que es nuestro modo de acercamiento, en tanto que lectura estética –la “realización del discurso como *obra estructurada*”, la atención a su trama, más superficial y más profunda, según el segundo de los cinco criterios de textualidad de Ricoeur, “La fonction herméneutique de la distanciation”, *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique*, II, Seuil, París, 1986^[1975], pp. 101-117–, y en tanto que lectura epistemológica y cognoscitiva, por lo que se refiere a los sistemas argumentativos desplegados en el texto y que reconocemos en sus respectivas tradiciones contextuales y formales.

⁵ Ponemos de relieve la parte más visible de la obra histórica, la que es sustento de su narratividad. Puede ponerse en correlato, si se quiere, con el modo de articulación por trama –que hace referencia a la dominante genérica dentro de la estructura del relato o narración histórica– y con los cuatro modos tropológicos o tipos de prefiguración –metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía– explicados por White en *Metahistoria*.

nos: el del texto, que trata de permanecer idéntico y el del discurso, cambiante en cada lectura y reiteradamente interpretado que, por un lado, precede al texto porque es su sentido y su destino y, por otro, sólo puede ser posterior, como lectura conflictiva y crítica que busca los límites de la coherencia y la elasticidad textual.

Se trata, también, de una lectura razonable e incluso de sentido común, tal como la que expone Rorty acerca de las representaciones del mundo.⁶ En el juego de vocabulario que conforma los discursos históricos la verdad se hace, se construye, no se descubre.⁷ O al menos no se piensa descubierta hasta la finalización del proceso argumentativo en un *resultado* discursivo, en una ideología.⁸

2. De Eutropio a Paulo Diácono

2.1. Eutropio

Terminado de componer por mandato del emperador Valente en el año 369, el *Breviarium* de Eutropio narra —*breve[m] narratio[n]em*—, la historia del *imperium* desde la fundación por Rómulo de la ciudad de Roma hasta la muerte de Joviano y la ascensión de Valentiniano y Valente en 364. Conocemos muy poco de las fuentes con que contó Eutropio para componer su breviario, pero sabemos que desarrolló el importante cargo de *magister memoria* en el alto funcionariado capitolino y que ello le daba acceso directo al *archivum* imperial y a gran número de *documenta*.

El carácter del encargo, pie obligado, y el rango de clase de Eutropio —que no pertenecía a la clase senatorial que había dedicado, antaño, sus ocios a la narración de la historia romana—, son condiciones externas que constriñeron el *Breviarium* de Eutropio

⁶ Cfr. Richard Rorty, *Contingência, ironia e solidariedade*, Presença, Lisboa, 1992^[1989]. Ricoeur, op. cit., había hablado del discurso hecho como *proyección de un mundo*.

⁷ Creemos sinceramente que es un modo de escapar del excesivo formalismo al tiempo que de planteamientos metafísicos a través, seguramente, de lo que Rorty llama *viraje historicista*.

⁸ Ya que hemos mencionado a Gadamer será justo recordar que lo que yo llamo discurso —frente, o al lado de texto— Gadamer lo llama *pre-texto*. En cualquier caso el concepto que defiendo de discurso no se refiere únicamente a la ideología sino que está estrecha y fundamentalmente vinculado al de *poética*.

a no desbordar su vaso genérico, a pesar de su planteamiento ambicioso; la mayor parte entre los breviaros, epítomes y galerías biográficas coetáneos concentraban sus esfuerzos en la época imperial.

Aparte una temprana traducción al griego de mano de Peanio (380) con la rúbrica prestigiosa –que comprometía una basculación genérica importante– de *historia*, resulta complicado reconstruir el sentido y la recepción inmediata del *Breviarium*, dado que ningún códice antiguo reproduce su texto como copia hasta el siglo IX, según los datos que hoy conocemos. Sin embargo, su transmisión medieval sí nos aclara aspectos relativos a su uso y a su implicación genérica en la *tabula* de los textos históricos.

Dos códices del siglo IX, *G* (Codex Gothanus I, 10) y *S* (Bambergensis), hacen acompañar a Eutropio del *Breviarium* de Festo, compuesto muy poco después de éste, y abreviación suya, por orden de Valente.⁹ Aparecen juntos textos como el *Epitoma* de Floro, las *Stratagemata* de Frontino e incluso la *Historia Trojana* de Dares Frigio, tenida en la Edad Media como relato verídico y *testimonial* de la guerra de Troya. Otros códices, hasta el primer cuarto del siglo XIV, insisten en este tipo de vinculaciones textuales –con Vegetio, Solino, Justino, Salustio, Suetonio– que dan cuenta de una clara conciencia co-genérica y de sentido en los compiladores medievales de tales códices, que hicieron de sus misceláneas auténticas enciclopedias de historia romana al tiempo que, probablemente, reflejaban la cadena rota de la transmisión textual del texto de Eutropio entre el siglo IV y el IX, que hubo de fomentar esa contigüidad textual y temática.

Salvo casos excepcionales y más bien tardíos –como cuando aparece junto a Salustio (1313)–, el texto de Eutropio siguió

⁹ Noticias y bibliografía sobre la tradición manuscrita en la edición de Joseph Helle-gouarch, Les Belles Lettres, París, 1999. En estas entradas sólo damos cabida a la bibliografía más sucinta e imprescindible, pues dado el carácter de este trabajo a cada párrafo correspondería una página de notas. En cualquier caso puede ser útil el resumen de la tradición latina hasta Paulo Diácono que se lee en Reynolds, coord., *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics*, Clarendon Press, Oxford, 1983, pp. 158-164. Los que quieran saber más del Eutropio romano tendrán que consultar a Emma Falque, de la Universidad de Sevilla.

conservando las marcas de su punto de partida, como texto prope­dédico que, perfectamente, podía figurar junto a un tratado técnico de estrategia militar como el de Frontino. Ciertamente, el *Breviarium* destaca entre las obras de su tiempo por su sobriedad —frente a las *Vitae Caesarum* de Aurelio Víctor, *verbi gratia*— y su *neutralidad* narrativa.

El *Breviarium* es un resumen de historia romana de gran cohesión estructural, medido por una cronología aceptablemente estricta y fiable, equilibrado en el espacio que concede a los hechos y a los hombres, según su importancia relativa. Ágil en la descripción de los casos militares, los civiles y aquellos contra otros pueblos, capaz de dar idea exacta de la geografía del *imperium* así como de las instituciones que lo sostienen a través de sus cambios en los sistemas de gobierno, justo —por comparación con otros autores— en las rápidas pero solventes biografías de los personajes que por él desfilan.

No es —precisamente por su alabada objetividad— una obra polémica, un texto que ponga en primer plano su discurso. De *facto*, no dejó satisfecho a Valente, hombre rústico, al mando de un imperio amenazado militarmente en el exterior y debilitado en el interior por una sociedad y unas instituciones en franca disolución en las que la ideología dominante no era —no parecía ser ya—, la imperial. Quizás Valente buscaba en lo que él entendía como breviario lo que solicitó de Festo, un *panfleto* de historia romana que, si no podía oponerse a la altura de los *otros* discursos, sería consecuente con su objetivo más urgente: transmitir, interiorizar y naturalizar la romanidad a un conjunto vasto de población, la mayoría nuevos romanos, como él mismo.

El conjunto de textos-discursos *romanos* del siglo IV —Eutropio incluido—, acabó derrumbándose ante la imposibilidad de una oposición coherente a los cambios históricos e ideológicos de todo orden cuyo discurso triunfante acabó siendo el cristiano y que demostró que el género del breviario y el epítome había acabado, como *historia*, en una fosilización inoperante. Lo demuestra con verdadera actitud *histórica* Orosio que, por las mis-

mas fechas, es capaz de virar profundamente el curso de la poética de la historia con una obra en siete libros que Agustín de Hipona le había reclamado, *et pour cause*, como breviario.

El discurso apologético y polemista de Orosio es capaz de absorber el texto de Eutropio entre sus fuentes, dada la neutralidad de éste y su olvido de la comunidad cristiana como grupo social e histórico. En realidad, esa falta de adecuación a la *realidad histórica* aniquila en el debate historiográfico a esa historia romana tradicional que se concibe aislada y autosuficiente. Para comprobar que, en efecto, la situación historiográfica ha dado un vuelco definitivo, sólo hay que comparar dos discursos seguros de sí mismos; el de Floro —que continúa el *magisterium* de Livio— y el de Orosio —que lleva preñadas las razones de Agustín:

FLORO (S. II)

Populus Romanus a rege Romulo in Cesarem Augustum septingentos per annos tantum operum pace belloque gessit, ut, si quis magnitudinem imperii cum annis conferat, aetatem ultra putet. Ita late per orbem terrarum arma circumtulit, ut qui res illius legunt *non unius populi, sed generis humani facta condiscant.*

OROSIO (S. IV)

Aut si ideo felicia putantur, quia unius civitatis opes auctae sunt, cur non potius infelicissima iudicentur, quibus miserabili uastatione multarum ac bene institutarum gentium potentissima *regna* ceciderunt ?

La historiografía cristiana recoge en Orosio, pero también en las cronologías de Eusebio-Jerónimo, y en las historias del mismo Eusebio o Casiodoro, el testigo de la universalidad discursiva, pero modificando desde la raíz el concepto de historia y proponiendo una poética —una representación de la realidad histórica— figural, vinculada a nuevas necesidades y usos ideológico-discursivos.

En este proceso, el texto de Eutropio, fuera de su estricta tradición individual, se enmarca y continúa su transmisión bajo otras pieles historiográficas, como fuente privilegiada, por los motivos anteriormente expuestos, de las obras históricas más in-

fluyentes de la Edad Media. Junto a las arriba citadas Jordanes o Beda, pero hay más.

2.2. Paulo Diácono

La excepción la constituye, en todo caso, uno de los primeros códices que conserva *íntegro* el texto de Eutropio. Se trata de la conocida como *Historia Miscella* de Paulo Diácono.¹⁰ Es, en realidad, la suma del *Breviarium* copiado en sus diez libros originales, a algunos *aditamenta* nada despreciables: un prólogo a su dedicataria, Aldeperga, hija de Desiderio, rey lombardo, esposa de Arechis, duque primero, luego príncipe; un párrafo para los orígenes míticos de Roma y diversos intercalados que tienen que ver, por lo general, con catástrofes o sucesos señalados con cierto carácter analístico; varias noticias acerca de los cristianos de los que no se había ocupado Eutropio y que el Aquilense extrajo de fuentes cristianas ya conocidas.

A partir del libro X Paulo Diácono recoge la historia posterior al *Breviarium* hasta el año 552, con la promesa formal de continuar esta historia con otra reservada específicamente a los lombardos.

Tanto en los *incipit* de manuscritos de la traducción de Eutropio como en buena parte de los manuscritos paulinos se observa una transformación genérica fundamental. Es cierto que en algún caso se mantiene la mención *breviarium*, que otros resuelven con un neutro *liber* o *Eutropius*. Sin embargo, en otra buena partida y en concreto en la tradición de los manuscritos de la *Historia romana* de Paulo Diácono prima el subrayado de *historia*, sin que se conozca ningún caso de *chronica*. En efecto, el texto es prácticamente el mismo. Su cohesión en los diez primeros libros apenas si se ve alterada por las marcas de otra tradición historiográfica, pero la elección del nuevo molde genérico, sin duda el de mayor reputación en la escala teórica medieval –que lo oponía al *anal* o a la *chronica*– establece una nueva dimensión de uso y, claro, de discu(r)so.

¹⁰ Ed. de Amadeo Crivellucci, Tipografia del Senato, Roma, 1914.

No en vano la noción de tiempo en la historia no es arbitraria y tanto las adiciones iniciales como los nuevos libros dirigen el texto de Eutropio a otra lectura y otro destino que, como sabemos, va a completarse con una segunda articulación historiográfica –en forma de díptico, pues– que es la *Historia longobardorum*. El manejo de Paulo Diácono del texto de Eutropio, como confirma su transmisión, no pasó desapercibido y eso indica una categoría de lectores con una conciencia teórica fuerte acerca de la poética de la historia.

La mayoría de los códices ponen de relieve la *adición* y la *amplificatio*, como los recursos estructurales de los que echó mano el Aquilense, e incluso se da el caso del códice que considera esta obra *translata* pues, cierto, si se atiende al discurso el texto de Eutropio ha sido decodificado, traducido y transformado para subrayar la continuidad, *successio temporum et imperium* entre el imperio romano y el reino lombardo, autorizando su territorialización histórica, sancionándola con la autoridad, en la esperanza pública depositada en Aldeperga, *mater genitrix*, gestadora de sucesores para el reino, y en la versatilidad y eficacia de un discurso histórico fuerte y realmente excepcional en sus dos partes frente a los discursos mantenidos por los ilegítimos invasores del reino lombardo: Carlomagno, por una parte, representante vivo del viejo *imperium*, y el Papa Adriano por otra, acicate del intervencionismo carolingio cuya actitud geopolítica interfería con los intereses lombardos.

Ni la lectura actual –que podría ser neutra si no nos hacemos cargo del contexto histórico– ni la contemporánea al texto de Paulo Diácono podía ser tibia o exclusivamente propedéutica, aunque así se declare en su prefacio. La lectura, al calor del conflicto bélico, nos lleva de Dante a Foscolo. Si el contexto sitúa al reino en pérdida, el discurso, en su dirección hacia la recuperación, entra también en pérdida en cada acto de lectura que en la práctica aplicación se descubre impotente. Hay que señalar sin reparos que, aunque Paulo Diácono solapa con naturalidad y sin excesos el modo historiográfico romano de Eutropio –de carácter

fatalista y trágico— con el cristiano, figural y cómico —en los sentidos complementarios de Dante y White— este acoplamiento se muestra peligroso si se busca una coherencia discursiva en la historia del tipo *verdad*, y ello desemboca en un conflicto interpretativo básicamente irresoluble.

La historia es *tiempo y narración* y, por tanto, hay que recurrir a una lectura hermenéutica, incluso fenomenológica. La historia romana es, en esta dirección, anterior en el tiempo a la de los reinos cristianos. Enseguida se plantearon varias posibilidades: este tiempo podía ser polemizado pero, sobre todo, este tiempo podía ser absorbido en un tiempo universal y cairótico, un desplazamiento de fuerza que fue la estrategia triunfante de la historiografía cristiana.

Sin embargo, autores como Paulo Diácono, atraídos por las sirenas del prestigio de Roma, le dieron prioridad prologal. Ello suponía, aunque no fuera esa la intención, que se impondría, en la redacción textual, el método compositivo y argumentativo de la historia romana, marcando y dirigiendo el carácter de la historia sucesiva. Se superponían así dos modelos historiográficos. Detrás del esplendor de Roma la antigua gemía la máscara trágica de una sucesión de guerras intestinas, sublevaciones, sucesos e imperios abominables hasta para los dioses romanos, instituciones llenas de trampas para el pensamiento político medieval. La historia romana, entonces, en vez de resolver el conflicto presente por una legitimación del tipo *evidencia*, lo problematizaba. No parece casual que el opositor de los lombardos, Carlomagno, desconfiara de la historia como género y con mayúsculas y prefiriera con mucho el cultivo de la teología, tan a propósito como salvaguarda del pensamiento político puramente medieval y de sus instituciones más queridas.

Con todo, aun fracasado el proyecto lombardo apoyado discursivamente por un Paulo Diácono *buen patriota* y mejor diplomático, el texto de su *Historia romana* tuvo un éxito notable. La antigua edición de Crivellucci anotaba 115 códices conteniéndolo, la mayor parte del siglo XI en adelante y copiados en territo-

rio italiano. En algunos de estos códices la *Historia romana*, desvinculada de la producción para su contexto más inmediato comparte foliaje con otros clásicos de la *enciclopedia de historia antigua* que ya tuvimos oportunidad de hojear al hablar de Eutropio: Suetonio, Vegetio, Festo, *Imperatores Rome...* y vuelve a su origen textual propicio al expolio y la selección. Hay que hacer hincapié en que pocos proyectos medievales –pobres o ambiciosos– hicieron verdadero frente a la historia romana en bloque, prefiriendo consultarla exenta, sobre todo en Orosio, o espigarla a conveniencia para autorizar determinados pasajes de modo *ejemplar*. Hay que esperar al siglo XIII para encontrar un programa lo suficientemente atrevido e innovador, incluso soberbio, dirigido por un rey y elaborado por un poblado taller de trabajo, escuela de erudición y de espíritu intelectual, para que la historia romana vuelva a ingresar, con toda su fuerza, en el tronco de la historiografía medieval.

3. De Alfonso X a Juan Fernández de Heredia

3.1. Alfonso X

Historiae sunt res verae. Aunque durante algún tiempo la tradición crítica, al aire de Pidal, conoció el texto alfonsí como *Primera Crónica General de España*, este texto se sitúa genéricamente como *historia*, *Estoria de España* y, entonces –pese al uso de recursos cronológicos cercanos a la crónica, por ejemplo– la historia alfonsí se constituye, en su poética, como una *narración significativa* plena, instauradora de un *ordo* y una *visión* –providencial si se quiere– del mundo.

Seguimos hablando de Eutropio, Paulo Diácono y la historia romana. ¿Cuál pudo ser su realidad y su horizonte de lectura en época alfonsí? Si el código regio Y-i-2 completado entre 1270-1274 y conocido como *Versión primitiva* sólo llega a Vermudo III y la última versión alfonsí, la *Crítica* (1282-1284), se agota en el rey leonés Fernando II eso quiere decir: a) que la *Estoria de España* nunca pudo leerse conforme a su proyecto original que,

como el de toda historia, es cerrado y necesita de su completitud –pese a que admita modificaciones o cambios de rumbo de cierto peso, así en la *Versión enmendada después de 1274* o en la propia *Versión crítica*–; b) que en la distribución total la historia romana guardaba una proporción desmedida con el resto de los núcleos narrativos, historia goda incluida, –si bien es verdad que la historia romana sólo podemos leerla hoy en la *Versión primitiva*. Ello significa, como mínimo, que hemos privilegiado una lectura lineal y completa, atenta al programa político alfonsí, que hemos utilizado el sintagma *modelo historiográfico*, sin tener en cuenta las posibilidades reales de lectura y recepción de la *Estoria de España* en su contexto. Añadamos que la repercusión de lectura directa de la *EE* debió ser muy pobre y que buena parte de la polémica entonces debió verse alimentada por inquietudes y comentarios generados y filtrados al exterior en el proceso de composición, dado que la *EE* tiene carácter de *obra pública* y que, así, debió fomentar un amplio debate.

De estos hechos se deduce la necesidad de un método de análisis que, admitiendo el proyecto, la unidad, atienda a la realidad de lo fragmentario. En este sentido podemos recalcar en una pieza completa como es la historia romana y qué supone su encaje en la *EE*. Por de pronto hay que tener en cuenta no solo el hecho de que la *EE* se redacte en castellano, sino que buena parte de sus fuentes necesitaron ser traducidas a esta lengua por primera vez. Entonces, si en Paulo Diácono subrayábamos el carácter de adaptación dentro de una misma lengua, el texto de Eutropio, así como el del Aquilense, son traducidos selectivamente en la *EE*. Pero la transformación es mucho más amplia dado que la integridad textual originaria se destruye al ser desmontado el texto para entramarlo junto con otras fuentes latinas, siendo la principal entre ellas la del historiador peninsular Orosio.

El discurso alfonsí operó una selección sobre el material historiográfico procedente de Eutropio y Paulo Diácono, apostando por la biografía, parte fundamental de la narratividad histórica de estos textos como recurso de reforzamiento ideológico. La

biografía imperial proponía modelos y contra-modelos y en la traducción alfonsí proporcionaba una red semántica básica que discriminaba aquellos conceptos relativos a la virtud del gobierno de los que convenía rechazar, privilegiando el de sabiduría, que se veía reflejado en el espejo de la labor total, científica, legislativa y erudita en general, auspiciada por Alfonso X. Traducir las palabras no es, empero, traducir el espíritu. Por mucho que el equipo alfonsí se preocupó en recontextualizar el mundo romano acercándolo al contemporáneo, glosando y explicando aquello que parecía más necesario, ofreciendo, incluso, detalles técnicos de aquello cuyo conocimiento no se encontraba del todo deturpado, el carácter esencial de la biografía romana quedó incólume delante de los propios ojos de los colaboradores alfonsíes.

El imperio romano sólo muy vagamente era hereditario, por lo que las vidas imperiales se redactaron sin hacer central el concepto de sucesión —la sucesión era la temporal, inevitable, pasado futuro. Era más importante la idea de *gens* o *familia*, que se entiende de modo diferente al medieval y que, en todo caso, promocionaba la idea de una nobleza fuerte que se intercambiaba el ejercicio del poder que siempre estuvo, o procuró mantenerse, alejado de la idea dinástica oriental. Pero, sobre todo, el motivo desencadenante de la biografía romana es semi-religioso —también en cuanto que el emperador solía investirse como *pontifex maximus* e incluso ser divinizado, más exactamente puesto al lado de los dioses. La idea predominante es la fama y sólo al *actor* de la historia incumbe si ésta es *fasta* o *nefasta*; el historiador romano no suele dulcificar más de lo justo. El ritmo del imperio se medía por el pulso de la virtud o la depravación de sus emperadores y, casi independientemente, por las hazañas bélicas del esfuerzo de las legiones, empeñadas en conservar el universo que significaba el imperio. Solía mencionarse como contrapunto la época cuasi mítica, edad de la virtud, de los primeros padres, clamar por el orden moral —*O tempora, O mores*—, pero la historia romana era en buena medida ciega al futuro, aplastada como estaba por el pasado.

Muy al contrario, las historiografías *nacionales* de la Edad Media respondían a las inquietudes de pueblos –antiguas provincias, porciones y fragmentos del imperio– en fase de consolidación o expansión territorial. En la persecución de la historia romana brillaba el sueño metafísico de la unidad, pero su brillo era engañoso. Así y todo fue el sueño de Alfonso X, rey de Castilla y León, y de otra porción de micro títulos: unidad temporal indefinida a través de la sucesión ininterrumpida del *señorío* desde el principio de la historia; unidad territorial en el ámbito de la vieja Hispania y de poder a través de ésta y la institución imperial; unidad de conocimiento; unidad jurídica y administrativa. Todo ello en torno a la figura de un *nuevo rey*, él mismo, *stupor mundi*, resumen de la virtud. Para esto Alfonso X anuló en un solo texto –dos si tenemos en cuenta la *General Estoria*, a otros propósitos–, en un solo discurso, el legado textual que le precedía, unificando las teselas irregulares en un grandioso mosaico, programa en que un futuro ideal se haría presente. Sabemos que todo falló al final por motivos históricos bien reales y hasta prosaicos, traiciones y enfrentamiento familiar incluidos. Con todo, y vista la generosa descendencia, en forma de crónicas de la *EE*, hay que creer en que ésta tuvo su protagonismo, que provocó, como venimos repitiendo para otros textos, un conflicto interpretativo, un enfrentamiento de discursos. La historia romana quedó desplazada como discurso histórico válido. El recurso a la ejemplaridad que había tomado prestado Alfonso X de los propios romanos se mostró fallido, tanto más si lo comparamos con cuál fue el concepto de ejemplaridad y cuáles sus cauces literarios en la centuria siguiente. Las colecciones de castigos y poridades que a menudo hacían referencia a personajes clásicos desproblematizaban el texto al arrancarlo de la historia y al suprimir una auténtica sintaxis narrativa.

3.2. Petrarca

La *Estoria de España*, como discurso, porque como texto generó una amplia tradición comparable a una selva, perdió la batalla como modelo historiográfico. En adelante habremos de mirar, por unos instantes, fuera de la Península Ibérica.

Petrarca: ¿qué relación con el texto de Eutropio? Lo cita sólo tres veces como autoridad textual.¹¹ Para él no era más que un libro de trabajo, carente del gran estilo de Livio, que lo había fascinado, o incluso de la *elegantissima brevitatem* de Floro, que alabó en varias ocasiones. Al contrario que la tradición historiográfica propiamente medieval, Petrarca considera a Orosio si lo estima necesario, pero detesta su escaso juicio crítico hacia la historia y cierta ramplonería de *coaceruator*, de amontonador. La mentalidad de Petrarca era detallista e inquisitiva. Su objeto era apropiarse del genio antiguo *–rerum et personarum–* y trasladarlo a su propio mundo. No extraña que sea precisamente a Pierre de Bersuire al que escriba a propósito de la organización de las legiones romanas *–Familiares, XXII, 14, en 1361*. Petrarca podía informarse de los aspectos que le interesaban de la antigüedad en su biblioteca de Vaucluse. De su mano *–ms. Par. lat. 2201–* leemos entre los *libri mei* de la sección *istorica* los siguientes autores: Valerius, Livius, Justinus, Florus, Salustius, Suetonius, Festus y Eutropius. Esta biblioteca fue una de las más activas intelectualmente y menos tocadas por el polvo que se hayan conocido nunca y, como ya escribió Nolhac puede decirse con propiedad que “l’histoire de sa bibliothèque [...] (est) l’histoire de son esprit”.¹²

Hemos dicho que Eutropio fue para Petrarca un texto de trabajo donde encontrar concordancias o completar sus notas. El gran texto, que para Petrarca transmitía el espíritu de la historia *–utilizo términos idealistas y románticos a conciencia–* era, insisto, Livio. Lo anotó, ese precioso códice adquirido en Avignon en 1351 *–Par. lat 5690–*, con Eutropio, Apuleyo, Aristóteles, Cicerón, Orosio, Frontino, Justino, Lucano, Plinio el Viejo, Pomponio Mela, Prisciano, Quintiliano, Suetonio, Valerio Máximo, Varrón, Virgilio.

¹¹ *De vita solitaria*, II, 13.2: “[Diocleciano] per solitariam atque humilem vitam sensit, solus omnium privatus, Eutropio atque Eusebio testibus”; *Triumphs (Fame 2a 113)*: “Vidi ancor duo Corneli e duo Valeri, / Orosio, Eutropio, Curzio ed altri molti”; *Senili*, XVI, 5: “fanno fede Lucio Floro, Suetonio Tranquillo, Orosio, Eutropio, tutti”.

¹² Pierre de Nolhac, *Pétrarque et l’humanisme*, I, Champion, París, 1907, p. 33.

Sólo hay que volver la cabeza hacia la Castilla de 1351 para valorar la diferencia. Petrarca dotó a estos textos dispersos pero cotangentes de una unidad *orgánica*. El Eutropio que maneja forma parte de una bio-bibliografía intelectual. En el códice *Parisinus* 5802 el texto de Eutropio aparece entre los siguientes *incipit*: Gaii Suetonii Tranquili de vita Caesarum liber primus incipit. Divvs Iulius—Domitianus explicit feliciter. Versus Suetonii [=Ausonii]—Lucii Annei Flori liber primus incipit—Sexti Iulii Frontini Stratagematon liber primus incipit—Eutropii viri clarissimi liber primus incipit—Philipicarum liber III explicit—M. Tullii Ciceronis Tusculanarum incipit liber primus—M. Tullii Ciceronis Tusculanarum finit liber quintus—Lucii Annei Flori epitoma de Tito Livio.

Cierto que las marcas de lectura sólo parecen acompañar de forma consistente a Cicerón, en concreto sus *Tusculanas*, pero el título *Eutropii viri clarissimi liber primus incipit* subraya de forma evidente la importancia concedida a la biografía, género latente en el texto de Eutropio y en el modelo historiográfico romano del siglo IV, que ha podido ser analizado como *fédération de genres*. Ésta es la relación: el *De viris illustribus* petrarquesco. El trabajo de composición de esta galería la hizo Petrarca con la ayuda de sus antiguos códices de historia romana, cribando en cada uno de ellos lo que encontraba más propio y verdadero. En esa elección crítica creaba una autoridad textual más fuerte. Su programa, bien novedoso, ya lo describió Nollhac con elegancia:

Sa conception générale de l'histoire mérite aussi d'être remarquée. Les races, les nations, le développement des empires l'intéressent peu, l'individu seul le passionne. En dépit de son principal modèle, Tite Live, il comprend l'oeuvre historique, tantôt comme une suite de portraits ou d'anecdotes (*Liber Rerum memorandum*), tantôt comme une biographie (*De viris illustribus*). C'est qu'il demande avant tout l'enseignement de l'exemple au récit des actions des grands hommes, de même qu'il voit dans l'amour de la gloire, à l'imitation des anciens, le plus puissant ressort de perfectionnement moral.¹³

¹³ *Op. cit.*, I, p. 9.

3.3. Juan Fernández de Heredia

Petrarca había escapado a la historia lineal y exhaustiva como la entendía el proyecto alfonsí. Esos inmensos textos río, moles glaciares textuales en realidad, que al deshelarse hacían evidente un discurso problematizado cuyas partículas textuales se descohesionan, da paso de la mano de Petrarca a una selección más depurada donde el propósito se adecua con mayor facilidad al estilo y donde el estilo deviene, como el contenido, categoría moral. Hasta cierto punto, escribía Paolo di Bernardo a Petrarca desde Treviso en 1373, el hombre es su estilo, de ahí la grandeza de los antiguos: “Quis [...] audebit in metro contra Virgilium scribere aliosque vates gentiles, quis in soluto stilo aequaverit Livio, ut multos vel pares prope fecundos sileam?”¹⁴ Estos héroes textuales son los únicos dignos de narrar la historia de la humanidad, y a través de ellos existen los otros héroes, armados en hierro y bronce. En el *De viris* Petrarca eligió los hechos de armas antiguos y los personajes que los llevaron a cabo por gloria de la cosa pública. No admite a filósofos ni poetas, ni a los modernos, cuyos hechos y personas, según el florentino, pertenecen más a la sátira que a la historia.

En otro ámbito intelectual, aunque con Avignon como bisagra común, Juan Fernández de Heredia organizaba, a través de un trabajo de taller —que lo diferencia de entrada del *modus* petrarquesco— la que seguramente es su obra más original, la *Gran Corónica de los Conquiridores*, amplio políptico biográfico que abraza la historia de la humanidad de Nino a Jaime I, a través, pues, de sus guerreros y dirigentes más preclaros, molde que también pudo practicar en la voluminosa traducción de Plutarco, limitada ésta, claro, a personajes de la historia antigua. Pero quizás la marca más peculiar del *modus operandi* herediano no sean estos colosales trabajos, sino su heterogeneidad como promotor de textos históricos traducidos y su indecisión entre distintas corrientes textuales que fluctúan entre los marchamos de medie-

¹⁴ *Apud* Nolhac, *op. cit.*, II, p. 12, n. 2.

val y renacentista¹⁵. Al lado, entonces, de la historia-biografía —que no era sólo una apuesta y una propuesta de Petrarca, ni que era nueva en su aspecto más externo: Isidoro, Gil de Zamora...— convive sin disonar un proyecto historiográfico que ha sido comparado por método —la *compilatio*, por ejemplo— y ambición al alfonsí. La *Gran Crónica de Espanya* recupera ese programa historiográfico *nacional*, lo modifica e intenta ponerlo *à la page* usando nuevas fuentes.

Aquí topamos con un grave problema cronológico y textual en lo que se refiere al libro de Eutropio y la historia romana. Que el llamado *Eutropio* herediano —todo el mundo sabe que es en realidad el texto de Paulo Diácono con algunos aditamentos— sea una de las primerísimas traducciones exentas del texto de Eutropio a una lengua romance —hay que tener en cuenta una versión intermedia italiana y luego una traducción del aragonés al castellano para uno de los libros de la biblioteca de Santillana hoy perdido pero de la mano de Alfonso Gómez de Zamora y fecha cierta, 1439—, no quiere decir más que esto, una prioridad significativa.

Lo importante es cuál pudo ser el nuevo destino de lectura para el texto de Eutropio, toda vez que la *GCE* parece prescindir olímpicamente de éste como fuente directa para la historia romana, puesto que hay que considerar que Eutropio-Diácono estaban ya injeridos, entre otros, en el texto de Orosio —sólo Eutropio—, la *Estoria de España*, de modo muy principal o la *Historia imperialis* del mansionario Juan de Verona. La parte dedicada a Aníbal y los Escipiones, puesto que estos libros de las *Décadas* sí se conocían, tuvo como fuente a Livio y, siempre atento a las novedades, Heredia hizo incluir a Salustio y otras fuentes que en Italia y Francia eran conocidas, como *Li Fet des Romains*, pero que en la Península constituían novedad.

¹⁵ Estudios generales en J. M. Cacho Bleuca, *El Gran Maestre Juan Fernández de Heredia*, CAI, Zaragoza, 1997. Estupendo estado de la cuestión de María Carmen Marín Pina y Alberto Montaner en *Juan Fernández de Heredia y su época*, Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza, 1996, pp. 217-283. No olvido lo que sobre la obra de Heredia aprendí de la generosidad de Rus Solera, de la Universidad de Zaragoza.

No importan las fechas sino las preguntas que hacemos a las fechas. Si, como sugieren las empeñosas cartas de Pere III, el *Eutropio* estaba ya preparado para enero de 1370, poco antes o al tiempo que se iniciaba el proyecto de la *GCE* y los trabajos compilatorios que incluían otras traducciones como las de *Isidoro mayor* y *menor* o el *Chronicon Mundi* de Tuy, ¿cómo es que se desdeñó luego como fuente? Heredia ya conocería, antes de la traducción del *Eutropio* al menos la existencia de la traducción y el texto de Livio, que en cualquier caso sólo cubría algunos libros de las *Décadas*. A ello hay que añadir que, siendo el resto de las traducciones materialmente de batalla, el códice del *Eutropio*, como el de Orosio –que tampoco figura entre las fuentes directas de la *GCE*– es un códice rico, de gran formato y excelente caligrafía, a pesar de estar escasamente miniado. Una solución comprometida es fechar, precisamente, a través de las iluminaciones y el preparado del manuscrito, de manera que el *Orosio* y el *Eutropio* andarían muy próximos: el primero en la última tacada de las obras en estilo italiano (1388-1390), contemporáneo de la *GCC*, y el último entre 1390-1392, con las primeras obras de estilo francés y entonces en un período donde lo historiográfico se mezcla con otros intereses literarios y una decidida vocación oriental.

Como los textos de Eutropio-Diácono gozaron de un notable favor a lo largo de toda la Edad Media quizás no deba extrañarnos demasiado su traducción, si bien éstas son rarísimas teniendo en cuenta que el texto seguía transmitiéndose en latín. Junto a otros códices ya vistos se conserva en la Biblioteca del Escorial un *Eutropii et Pauli Diaconi historiae romanae libri XV* en pergamino de finales del XIV-principios del XV –fechas cercanas a la traducción herediana– junto a la historia de Alejandro de Quinto Curcio –de gran éxito en el XV– y la *Rhetorica ad Herenium*. O en Zaragoza, ya del XV y en un contexto textual humanístico pleno, donde Eutropio-Diácono comparten códice con el Aretino y un manojo de epístolas.¹⁶

¹⁶ Escorial, Ms. e.III.19, con inicial miniada, adornos, dorados, epígrafes y capitales en azul y rojo; Zaragoza, Biblioteca del Real Seminario de San Carlos, ms. A-4-2, en papel.

¿Qué quiere decir todo esto? Independientemente del discurso subyacente a la producción herediana —la voluntad de Pere III de incluir la historia de Aragón y Navarra en la *GCE* en un momento de consolidación territorial e institucional, de rencillas con Castilla, problemas económicos y disturbios sociales o el expansionismo mediterráneo—, una manía bibliófila, una nueva comunidad textual, *corpora* de lectores, se está levantando en toda Europa. Aragón camina firme: la biblioteca real y la pasión del Ceremonioso, capaz de levantarle un Vegecio al mismo Maestre, dan cuenta de ello. Los libros *istoriales* fueron género favorito de la realeza. Allí buscaban, cuando se cansaban del alarde poético, ejemplos, acciones magníficas, un espejo que les devolvía una imagen más brillante de sí mismos. La curiosidad acuciaba y el mismo Heredia, como buen catador, hizo de agente librario. El interés continuó con Juan II y de ahí en adelante. El *Eutropio* fue un códice de lujo, elemento de prestigio y de vanidad bibliográfica cuya calidad de traducción y de fiabilidad, a veces deprimente no le restaron demasiado como libro de ostentación.

4. Y fin

Pero esta impresión es demasiado reduccionista si tenemos en cuenta que Heredia fue hombre meticoloso y realmente erudito. El texto de Eutropio no era ni mucho menos despreciable. Como texto exento recogía para los nuevos letrados un compendio total y unitario de la historia de Roma que estaba, por sus características y su nuevo contexto, lejos de verse problematizado en el sentido de la historia alfonsí o la lombarda. El *Eutropio* herediano no hace referencia, como traducción, más que a su propio texto, sin un proyecto hacia el futuro ni estar pensando en otros sistemas textuales como la *GCE*, para el que no fue usado. Y, en último extremo, al contrario que las traducciones de clásicos posteriores a Heredia en la Corona de Aragón, como el Valerio Máximo, este texto tuvo una pobre repercusión lectora.

Sin embargo, el texto de Eutropio-Diácono siguió interesando en el ámbito de la Corona de Aragón, en especial en el bur-

gués del siglo XV. He recogido unas pocas noticias que pueden valer de muestra. Francesc Miquel Berard, doctor en leyes, cuenta en su inventario de 18 de agosto de 1494 con un *Eutropi Ystoriarum*, éste junto a Amiano Marcelino, Justino, Probo, un *De viris illustribus*, Herodoto, Orosio, Suetonio, César o Valerio Máximo. De un año antes es el registro de Miquel Abellar, notario, que poseyó un *Eutropi additioni de Paulo Equilegensis*, en pergamino. Y todavía antes, Ferrán Valentí, *legum doctor, civis*, conocido por su traducción de las *Paradoxae* de Cicerón, tuvo en sus manos antes de 1476 un Eutropio que registró así: “Item, etiam sibi mando restitui libellum unum parvum quem Eutropium dicimus...”. Para restaurar junto a dos volúmenes *De casibus virorum illustrium*. Y de prestado: “Item, un altre libre, pregamí, de forma pocha, ab cubertas de fust e mig cuiro, intitulat Eutropi, lo qual libre era del honorable Mossèn Axelò”.¹⁷

Aunque hoy sea complicado recoger testimonios de lectura o sólo de posesión, es evidente que Eutropio-Diácono fue un texto ya habitual entre las lecturas cultas en especial a partir de mediados del XV y que no había de faltar de las bibliotecas principales. En la del Duque de Calabria, por no salir de la Corona de Aragón, nos toparemos con que este texto se reconocía como prope-déutico para la nobleza y muy especialmente indicado para los conocimientos básicos –no obligados a una erudición profunda pero sí al barniz cortesano– de la lectura femenina, destino reforzado por concebirse el texto como libro de mano.¹⁸

En Francia la tradición del texto de Eutropio a partir del XVI cuenta con una prole imposible de reseñar aquí. Las prensas de Aldo Manuzio lo editarán *de bolsillo* en 1521 junto con Paulo

¹⁷ Vid. J. N. Hillgarth, *Readers and books in Majorca 1229-1550*, C.N.R.S., París, 1991, 2 vols.

¹⁸ Vid. Manuel Repullés, *Inventario de los libros de don Fernando de Aragón, Duque de Calabria*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1875; 532. Suetonio Tranquillo, *Sexti Aurelii, Eutropii, de gestis romanorum et Pauli diachoni*, en un volumen, cubierto de cuero verde. De las Infantas. 534. Suetonio Tranquillo, *Aurelii Eutropii de gestis romanorum, Pauli diachoni ad Eutropii historiam*, cubierto de cuero leonado. De las Infantas. 576. *Historia Eutropii cum additionibus Pauli diachoni*, de mano, cubierto de cuero leonado.

Diácono, reconociendo así siglos de tradición más que una lectura exenta de Eutropio propiamente humanista, junto a otras obras a las que ya nos hemos acostumbrado.

En este contexto Castilla no se mantuvo al margen. Ahí quedan las balas de impresos encargadas desde Salamanca, portando Paulos y Eutropios en su interior para ser leídos, esta vez, con toda probabilidad, en la Universidad, o al menos en sus alrededores intelectuales.¹⁹

Es posible que los distintos discursos que intentaron imponerse al texto de Eutropio fracasaran. Su texto acabó triunfando, agarrado a la ocasión de los siglos.

¹⁹ Agradezco a Vicente Bécares que me adelantara su libro *La Compañía de Libreros en Salamanca (1530-1534)*, Semyr [Inventario 1], Salamanca, 2003. En la entrada 439 del “Inventario de las 538 balas de libros enviados de Lyon, París, Alemania, para la Compañía de Laurentio Dantiseno del año de 1530 y del año de 1531”, 13 *Eutropius de gestis Rom.*; en la 542, “Balance de la tienda de Salamanca”-Cristóbal de Pascua, 4 *Eutropius de rebus gotorum* [=P. Diácono]; en la 717, «Balance de la tienda de Medina del Campo», 16 *Eutropius de rebus romanorum*.